

SUCCESS AND LUCK: GOOD FORTUNE AND THE MYTH OF MERITOCRACY

Robert H. Frank

Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 2016.

MARTÍN LEITES*

Esta obra de Frank hace un repaso de su vida y parte de algunas de sus principales contribuciones académicas ya presentes en sus primeros artículos y en su obra literaria previa. Se destaca por ser provocador, proponer un problema relevante y llevar un debate a un terreno donde pueden dialogar distintas corrientes del pensamiento. Además, en cada página logra transmitir estas ideas, y los conceptos económicos que subyacen, de forma muy intuitiva y entretenida para el lector. Dos argumentos principales forman parte del hilo conductor de esta obra, el primero, es plantear que la búsqueda del bienestar individual puede resultar en situaciones donde todos los miembros de esta sociedad estén peor. La segunda, abre una discusión sobre la manera en que algunas sociedades premian el éxito o, más en general, las recompensas asociadas a los méritos y el esfuerzo. A partir de estas ideas, el autor discute algunas implicancias centrales para la disciplina económica sobre el vínculo entre desigualdad, eficiencia y bienestar social. Al argumentar sobre el papel de la suerte en los retornos económicos y sobre la existencia de políticas redistributivas que mejorarían el bienestar agregado sin costos de eficiencia deja planteado un debate central para la economía pública.

El libro es corto, está muy bien escrito y con un estilo muy personal. Logra plantear muy bien un tema relevante y pertinente, de una forma sencilla, permitiendo un diálogo entre distintas corrientes del pensamiento económico y también con otras disciplinas. En este camino, evita entrar en algunos debates, por ejemplo, no se inclina por una noción de justicia e incluso evita definir de forma explícita algunos conceptos centrales para el libro, como las nociones de suerte o circunstancia. Esto no es casual, su objetivo principal es llevar el debate a un lugar de rápido consenso, al demostrar que podrían existir situaciones donde ante una reducción de la desigualdad podría mejorarse el bienestar de algunos sin que nadie desmejore. Frank se pregunta, ¿quién podría estar en desacuerdo con avanzar en ese sentido?

Para transmitir estas ideas, en ocasiones utiliza anécdotas increíbles de su vida personal, lo cual permite conocer parte de la historia detrás del autor y hace al texto muy entretenido. En el camino, nos cuenta de dos experiencias que lo llevaron al borde de la muerte, sus fracasos y éxitos en el mundo académico y una serie de situaciones novelescas que utiliza para argumentar cómo algunos sucesos fortuitos (o con baja chance) afectaron su trayectoria y tuvieron cierta relevancia para los logros que obtuvo en su vida. A lo largo de todo el libro, complementa estas historias haciendo referencia de forma rigurosa a evidencia proveniente desde distintos ámbitos de la disciplina económica. Los resultados de este recorrido nos conducen al capítulo 7, donde logra desarrollar una batería de argumentos de forma tan resumida y contundente como intuitiva.

Si bien el principal objetivo del libro es la difusión, a lo largo de esta obra podemos encontrar un esfuerzo del autor por contribuir a la construcción de una microeconomía más realista, discutiendo algunos de sus fundamentos y aportando ejemplos muy didácticos que permiten una mejor comprensión (e intuición) de los problemas económicos que son abordados. Otro mérito es el diálogo con otras disciplinas e incluso por articular contribuciones de la literatura económica proveniente de ámbitos muy diversos. Esto parece pertinente, considerando que esta disciplina ha crecido en campos de conocimiento muy específicos, lo cual ha permitido que sepamos más sobre muchos fenómenos, pero que este conocimiento sea desde una perspectiva más parcial.

* Instituto de Economía, Departamento de Economía, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República, Uruguay.

Frank argumenta que desde el punto de vista económico es relevante premiar el esfuerzo y el talento, pues es un canal para obtener ganancias de eficiencia y mejoras en el bienestar agregado. En ese sentido, cita clásicos como Darwin o Smith para argumentar sobre los estímulos que genera la competencia en los mercados. Argumenta que el talento y el esfuerzo suelen ser una condición necesaria para lograr el éxito económico, pero no explican todo el desempeño o los resultados obtenidos. Una parte no menor de estos logros es determinada por la suerte. Para el autor, algunos eventos fortuitos cambian las trayectorias y pueden generar desempeños muy desiguales para individuos que tienen el mismo talento y que realizaron el mismo esfuerzo. Para fundamentar esta idea plantea cómo un mismo individuo puede tener una suerte muy diversa a lo largo de su vida en función del país de nacimiento. Esto, entre otras cosas, condiciona los gustos, las características culturales, la distribución de oportunidades o las posibilidades de bienestar material individual. También maneja como ejemplo el hogar de nacimiento, reconociendo la influencia de la transmisión de genes y del ambiente del hogar en las etapas tempranas de la vida. Estas circunstancias, que vienen dadas, pueden marcar trayectorias muy distintas para individuos igual de talentosos y esforzados. En esta revisión sobre el rol de la suerte realiza una referencia a la teoría del capital humano, y si bien reconoce sus méritos, Frank plantea que no aborda con suficiente intención el papel que juegan algunos eventos en las trayectorias laborales. En consecuencia, sugiere que un componente relevante de las desigualdades salariales queda sin explicarse. Además, al final del libro introduce algunas simulaciones para demostrar que, en un concurso, el incremento del número de competidores conduce a que la suerte gane relevancia para explicar quién se lleva el premio. En otras palabras, esto reduce las chances de que el ganador sea el candidato más hábil.

El autor plantea que existe un discurso que sobrestima el peso de los méritos para explicar los desempeños económicos, el cual está basado en falsas creencias. Éstas, en parte, están explicadas por aspectos comportamentales que conducen a que las personas exitosas fallen en apreciar el rol que tuvo la suerte en sus logros. Para respaldar la idea de que algunas falsas creencias guían nuestro comportamiento, Frank cita evidencia de la economía experimental que sugiere que la mayoría nos creemos que manejamos un automóvil mejor que la media o que somos grandes jugadores de fútbol. También tendemos a recordar cuando el viento de frente no nos deja avanzar, pero subestimamos la importancia del “viento de cola” para explicar la aceleración de nuestros pasos.

El surgimiento (y persistencia) de estas falsas creencias pueden tener otros fundamentos. Por ejemplo, la transmisión a las nuevas generaciones de que con mucho esfuerzo se obtienen resultados tiene su fundamento, pues podría prepararlos a que tengan mayor resiliencia ante los obstáculos o eventos adversos que deban enfrentar a futuro. Seguramente, la perseverancia de una persona por perseguir cierto objetivo se reduciría sustancialmente si pensara que la chance real de éxito es muy baja (la incertidumbre muy alta). ¿Para qué esforzarme si esto lo define la suerte? Por otra parte, reforzar el discurso de que los logros son resultado del esfuerzo individual y el talento, es una forma de defender la distribución de los resultados. ¿Por qué voy a pagar más impuestos si lo que tengo es fruto de mi esfuerzo individual? En consecuencia, es de esperar que los exitosos sean más hostiles a realizar contribuciones para financiar inversiones en infraestructura destinada para generar oportunidades y/o bienes públicos. Esto podría resultar paradójico, pues son las mismas oportunidades que fueron la tierra fértil para sembrar su éxito individual. Por otra parte, su posición los pone en una situación aventajada para hacer lobby ante el Estado, con el objetivo de no ver reducidos los recursos que acumularon. Pero también, podría suceder que los no tan exitosos tengan baja disposición a apoyar políticas redistributivas si comparten la creencia de la meritocracia.

La magnitud de este problema se agrava por el papel creciente que juega “*the winner take all markets*”. Este tipo de mercados se están expandiendo gracias a las nuevas tecnologías, y se caracterizan porque el ganador se lleva todo el premio. Existe una muy alta chance que el ganador sea muy talentoso y se haya esforzado. El punto es que sus seguidores tienen pequeñas diferencias en ambos atributos, pero se quedan con una porción muy pequeña de la recompensa. En consecuencia, pequeñas diferencias, o la suerte, conduce a desigualdades en los retornos que parecen no estar justificadas. Esta idea está desarrollada en uno de sus libros más famosos *The Winner-Take-All-Society*. En este libro repasa los argumentos y los contrapone con la idea de que las nuevas tecnologías generaron oportunidades económicas para negocios de menor escala (antes inviables).

Esta sobreestimación del peso de los méritos conduce a que las personas ingresen en una competencia que no mejora su bienestar, pues toman decisiones en base a creencias o percepciones erróneas y no internalizan que las chances de éxito son muy bajas. Pero la distribución desigual de los resultados económicos

tiene otras implicancias relevantes desde el punto de vista del bienestar. La magnitud de este problema se ve agravado por el “*framing effect*” (postula que el contexto es relevante en la toma de decisiones) y porque el bienestar y el consumo individual dependen, en parte, de los logros relativos. Ambos efectos conducen a una carrera donde se hacen esfuerzos enormes por incrementar el consumo, los cuales terminan no teniendo efectos en el bienestar individual y generan costos a nivel agregado. Para reflejar esta idea Frank demuestra cuánto ha crecido a lo largo de la historia el tamaño medio de las mansiones o el gasto en bodas. Concluye que esto en gran medida es explicado por el consumo posicional y que el incremento de este gasto no se correlaciona con mejoras en algunos indicadores básicos de bienestar. En consecuencia, esta carrera conduce a un consumo superfluo que tiene una externalidad negativa. Como el propio Frank demostró en su artículo de 1985, la incorporación de la preocupación relativa en las elecciones de consumo conduce a una situación que no es la mejor para todos. La idea que está por detrás es la misma que explica las ineficiencias que surgen cuando ante una amenaza los países comienzan una carrera armamentística. Soluciones cooperativas conducirían a un equilibrio donde nadie estaría peor y algunos estarían mejor.

Es decir, esta carrera conduce a que los bienes posicionales se consuman por encima del nivel socialmente deseable, desalentando otros tipos de consumo que podrían mejorar el bienestar individual y colectivo. Por ejemplo, podría desplazar otros consumos con mayor retorno social e individual, vinculados a la salud, la educación, el esparcimiento, o los niveles de ahorro. En el libro plantea otro ejemplo que es muy ilustrativo de cómo esta carrera puede erosionar la complementariedad entre la inversión pública y privada. Se pregunta qué es mejor para el bienestar individual (y agregado), si tener un auto muy lujoso en rutas intransitables, o un auto menos lujoso, en rutas seguras y de calidad. La búsqueda de estatus puede llevar a una situación donde las decisiones individuales conduzcan a esta primer solución paradójica, donde algunos tienen un auto que les reporta mucho estatus, pero no tienen carreteras donde utilizarlo. Finalmente, los costos (o sanciones sociales) de abandonar la carrera del consumo son más altos en países donde la desigualdad es mayor, lo cual generaría más estímulos por la búsqueda de estatus y es de esperar que incremente la magnitud de los efectos de la externalidad negativa.

Esta discusión lo conducen a recomendar la introducción de un impuesto progresivo al consumo. Destina un capítulo del libro a describir las características de este impuesto y sus ventajas. La idea que está por detrás es que gravar los altos consumos puede corregir las externalidades asociadas al consumo posicional y, adicionalmente, mejoraría el bienestar agregado por la vía de un mayor acceso a recursos para el financiamiento de bienes públicos.

En este punto está tal vez la principal virtud del libro, porque lleva el debate a un terreno donde se siente cómodo para argumentar las ventajas de algunas políticas redistributivas que generarían ganancias a nivel del bienestar agregado. En su línea argumental el autor reconoce la importancia del crecimiento económico y de la competencia para lograr mejoras del bienestar, la potencial tensión entre eficiencia y desigualdad. Esto le abre el diálogo con sectores que son más adversos a las políticas redistributivas. Sin embargo, argumenta de forma contundente sobre la existencia de situaciones donde se podría redistribuir los resultados, conduciendo a situaciones donde nadie estaría peor y algunos estarían mejor. En el mismo sentido, también deja en evidencia las situaciones donde la competencia exacerbada puede generar costos en términos de bienestar agregado. Pero, además, en este debate introduce otro argumento igual de desafiante y se convierte en el principal mensaje del libro. La forma en que se distribuyen los resultados, o que se premian los esfuerzos y talentos, es en parte el resultado de una construcción social. Esto le permite explicar por qué las sociedades pueden arribar a soluciones que no son las mejores desde el punto de vista del bienestar agregado y también le permite explicar por qué algunas personas no están dispuestas a contribuir individualmente a cambiar esta situación.

El libro deja algunos cabos sueltos, interpreto, no porque el autor no los considere relevantes, sino porque no los necesita para llevar el debate al terreno donde quiere jugar. Un punto que aportaría es presentar una noción más precisa de qué se entiende por suerte y por circunstancia (y cómo ambas interactúan). Por citar un ejemplo, la literatura de igualdad de oportunidades ha realizado algunas contribuciones al respecto. Otro aspecto a señalar es que, si bien pone énfasis en las preferencias por estatus, el autor no avanza sobre cómo podrían jugar la existencia de otras preferencias sociales, como la aversión a la desigualdad o la aversión a la pobreza. Finalmente, sería interesante profundizar sobre cómo estos fundamentos pueden jugar en economías menos desarrolladas donde las instituciones son más débiles y los niveles de desigualdad mayores. Sin dudas, gracias a esta contribución de Frank hoy tenemos nuevas herramientas para analizar estos fenómenos y dar un debate público más informado.